

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(José María de Pereda.)



—Descubrí en Peñas arriba
magníficos horizontes...
¡Dios ha puesto aquí los montes
para que yo los describa!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—La leche de burra, por Fiacro Yráyoz.—Cuento, por Eduardo de Palacio.—Sombrero de última moda, por Juan Pérez Zúñiga.—La forma poética, por Sinesio Delgado.—La sombra blanca, por Alfonso Benito Alfaro.—Cartas de una madrileña á una provinciana sobre cosas de la corte, por Jacinto Octavio Picón.—Monólogo de un muerto, por J. López Van-Baumberghien.—Correspondencia particular.

GRABADOS: Instantáneas: José María de Pereda.—Hidalguía castellana.—El programa de los festejos (tres viñetas).—Exposición de Bellas Artes (diez viñetas), por Cilla.



DE TODO UN POCO

Todo sonríe: el sol, la floresta, el cielo azul, la modista, el grillo.

La joven romántica riega las macetas con mano leve y obsequia al canoro jilguero con la fresca hoja de lechuga.

El verano nos ofrece sus ricos dones; hay algo en la atmósfera que penetra en nuestro ser y lo sublima. La mujer enamorada siente la necesidad imperiosa de respirar el aire puro de la campiña y de tomar horchata de chufas á todo pasto. El hombre comienza á pensar en la conveniencia de despojarse de la elástica y de irse á la feria del Prado que, entre paréntesis, es preciosa.

Vense allí esos cien mil objetos de á real y medio la pieza que suspenden el ánimo y nos hacen pensar en las conquistas de la moderna industria. Junto á un puesto de avellanas, torraos y demás pedruscos, hállase elegantemente instalado, un comercio de añadidos peludos: allí la trenza rubia, la gris, la negra brillante cual las alas de una endrina, la de color de pasa...

No se ha visto nunca una colección más bella de pelos. Todas las señoras calvas se extasían contemplando tantas y tan abundantes cabelleras, pero ninguna osa acercarse al mostrador, porque este paso equivaldría á una confesión tácita de calvicie. Sólo hubo una dama que se atrevió á comprar un añadido rubio canela, no sin decir al comerciante en alta voz, para que llegase á oídos del público:

—Es para una tía de mi esposo que se quedó calva á consecuencia del sarampión.

Lo que más gusta estos días es la exposición de perros.

Todo el que ama á los animales se va al Retiro, á conferenciar con los dogos y á conocer personalmente á las perras viudas. Hay dos ó tres de éstas que se pasan el día gimiendo, porque recuerdan que en la última exposición tenían á su lado á los esposos queridos.

El amor á los animales nos lleva al sacrificio más de una vez. D. Celedonio, el prestamista, tiene una perra en la exposición y por no dejarla sola se sienta á su lado y la acaricia á cada momento. Algunas veces la perra se aburre de no hacer nada, y entonces D. Celedonio se pone á ladrar á su oído para que crea que es un perro cariñoso y enamorado.

Los aficionados al género volátil echan de menos una exposición de pájaros.

En Madrid, casi todos los vecinos mayores de edad tienen jilgueros, canarios, verderones, tórtolas ó codornices sencillas.

Conozco un cabeza de familia llamado D. Inocencio que vive pendiente de la salud de un mirlo anciano, á quien adora. En aquella casa nadie piensa más que en el mirlo, y en cuanto hay criada nueva, lo primero que hace D. Inocencio es decirle solemnemente:

—¿Cómo se llama usted, joven?

—¿Yof Melitona.

—Pues bien, Melitona, en esta casa hay dos seres que es preciso respetar: mi señora y el mirlo.

La verdad es que el mirlo se hace muy simpático, porque silba una porción de cosas de zarzuela y dice D. Inocencio que tiene tanta imaginación como cualquier tenor cómico.

El mirlo conoce á D. Inocencio y á su esposa como si los tres se hubiesen criado en la misma rama, y en cuanto les ve, ya está batlando las alas y abriendo el pico; en cambio, no puede tolerar la presencia del aguador, á quien ha preguntado don Inocencio más de una vez:

—Vamos, Toribio, sea usted franco: ¿ha tenido usted algunas palabras con el mirlo? Porque no puedo explicarme tanta antipatía.

—Puede que no le guste porque soy asturiano—contesta el pobre chico.

El aguador es bastante mal encarado, y se conoce que el mirlo le confunde con un perro pachón que le ladraba en otros tiempos, cuando el pájaro vivía en la selva.

La mayor parte de los empleados que van tarde á la oficina tienen en su casa un pájaro que los entretiene, y hay quien ama más al pájaro que á su propia esposa y á sus tiernos hijos.

No hace mucho que me decía cierto sujeto, empleado en la Sala de Ultramar:

—Tengo yo un verderón, mixto de canario, que es un prodigio... Cantar no canta, porque es muy rencoroso y no quiere que le oiga mi señora, desde un día que nos vió disputar. Ella me llamó «brutos», y como el verderón me quiere muchísimo, le ha tomado tal odio que, siempre que se acerca, la pica.

Es un pájaro cariñosísimo. En cuanto ve que me afeito, ya está mirándome con interés por si se me va la navaja.

El caso es que el empleado casi nunca va á la oficina; unas veces porque está triste el verderón, otras porque se ha constipado, y otras porque teme que no sepan cuidarle en su ausencia.

La afición á los pájaros llega á producir perturbaciones domésticas.

—D. Crispulo—van á decirle á un médico aficionado á pájaros,—de parte de mi señora que vaya usted corriendo.

—¿Qué tiene?

—Aún no se sabe si será niño ó niña.

—Bueno, pues voy á limpiar la jaula del canario y en seguida me tenéis allí.

Y suele ocurrir que, cuando llega D. Crispulo al lugar del suceso, ya está en este mundo el muchacho, ó la muchacha, dando berridos.

Y dice D. Crispulo:

—¡Caramba! Ya está ahí ese. ¿Por qué no me ha esperad? Yo no pude venir antes...

—¿Tiene usted algún enfermo grave?

—No; he tenido que lavarle el piquito al canario.

Luis Taboada.

*

LA LECHE DE BURRA

Perico García, que estaba cesante y andaba ligero de ropa interior, allá por Diciembre pilló un catarrao de marca mayor, lo cual no es extraño sabiendo que el pobre, sin más que la ropa que usaba en Abril, sufría imposible las grandes heladas á cuerpo gentil.

Metióse en la cama, si aquello era vana, y al verle tosiendo, le dijo el doctor:

—[Usted necesita la leche de burra]

[No hay nada mejor]

Con un noventa y uno que tome seguidamente no tenga usted duda, se puede curar, y, ya que es preciso, mañana, sin falta, la empieza á tomar.

Aunque él no tenía ni dos perros chicos, siguió este mandato con sollicitud, y á fin, solamente, de ver si podía

buscar la salud,

dió aviso á unas burras que había en el barrio y todos los días, al amanecer,

Le entraba el portero su vaso de leche...
¡que había que ver!

Pasó el novenario, y el pobre García
ya estaba del todo repuesto del mal...
¡pero era preciso pagar al burrero,
y eso era fatal!

¡Sin una peseta, cesante y hambriento!...
¿Qué hacer en tal caso? ¡Cruel situación!
Pensó unos minutos, y al cabo de un rato
halló solución.

—¡Que sigan viniendo!—le dijo al portero.—
Con dos novenarios mejor me pondré,
y así que terminen, echamos las cuentas...
y yo pagaré...

Con este sistema, sin duda intentaba
dar largas al tiempo por no concluir,
y ver si entré tanto pescaba un destino
y luego ¡a vivir!...

Pero ¡ay! ¡que si quieres!... Pasaron los días,
llegó la semana de liquidación...
¡y siempre, al pagarla, tenía Perico
la misma cuestión!

—¡Que sigan viniendo! ¡que sigan viniendo!
¡La leche de burra me sienta muy bien!
¡Y así iban corriendo semanas y meses...
y siga el helén!

¡Ya estamos en Junio! Ya es casi verano,
y el pobre García, por no liquidar,
aún sigue tomando la leche de burra...
¡y es mucho tomar!...

Fraico Trápez.

Cuento.

Quiso un alcalde ejemplar,
de la plaza de un lugar
en tierra de Andalucía,
quitar un peñón que había
de tamaño regular.

—Veremos si de ese canto,
si da de sí para tanto—
dijo el alcalde inconsciente,—
puede salir una fuente,
ó puede labrarse un santo.

Se anunció en el *Boletín*
el concurso para el fin
que el alcalde perseguía,
y, en efecto, al otro día
se presentó un galopín.

Prometió al ayuntamiento
levantar un monumento
al municipio vigente,
y, es claro, inmediatamente
se aprobó este pensamiento.

Era francés y escultor
y ex-colonel y doctor,
según dijo, y emigrado
y estaba condecorado
con la *legión del honor*.

Hizo un croquis muy ligero,
tomó á cuenta algún dinero
y empezó sin perder ripio.
¡Qué honor para el municipio!
¡Un escultor extranjero!

Peró el tiempo trascurrió,
el hombre pidió y pidió
y fué la cuenta en aumento,
y el ansiado monumento
no salía ni salió.

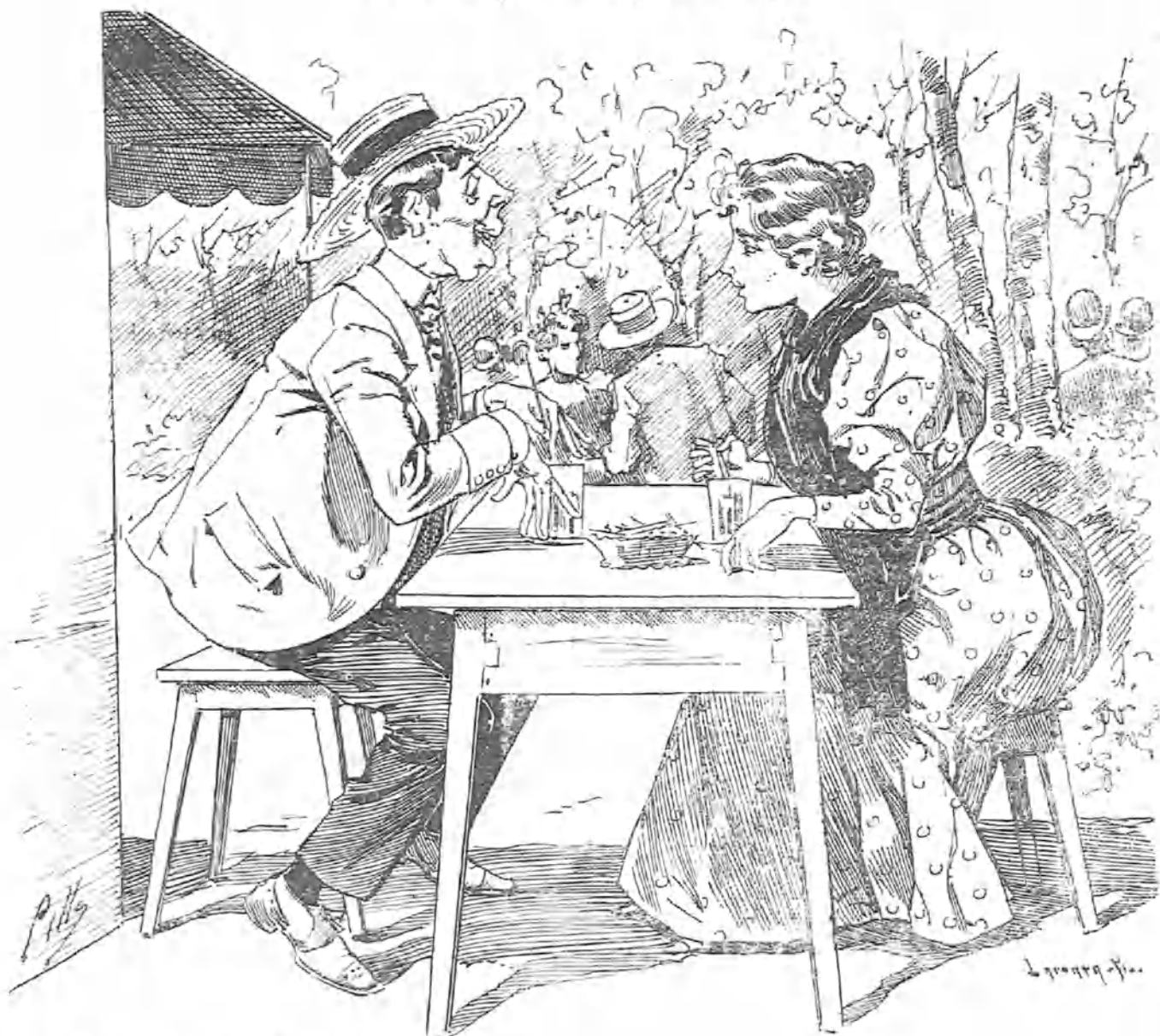
Y el artista, compungido,
al concejo reunido
explicó sencillamente:
—No hay monumento decente,
como os había ofrecido.

Peró yo, de aquel peñón
saqué, con mi inspiración,
una página inmortal:
un pilón monumental
en su clase de pilón.

Que, puesto en sitio eminente,
con su inscripción consiguicente,
en un latín ordinario,
se llevará al vecindario...
á beber agua en la fuente.

Eduardo de Palacio.

Hidalguía castellana.



—Tengo una intranquilidad muy grande...

—¿Por qué?

—Porque como es la primera vez que salgo sola con un hombre...

—¡Ah! pero no tenga usted cuidado, ha caído usted con un caballero que no abusará de su posición ni pasará de los barquillos.

SOMBRERO DE ÚLTIMA MODA

¡Los adornos que le ha puesto
y le ha quitado Teresa!
Aquello, lector querido,
no es sombrero, es una huerta.
Sobre pajiza armadura
(que algún crítico quisiera
para almorzar) puso un día
la caprichosa coqueta
lazos rojos, flores blancas,
gasas verdes, plumas negras,
y en medio de aquel conjunto
cuatro ó cinco berengenas.
Encontróse ante el espejo
con el sombrero muy fea,
y quitándole las flores,
las sustituyó con setas.
Tampoco fué de su agrado
la combinación aquella
y reemplazó con espigas
los lazos y en la trasera
plantó una cotorra virgen
y luego dos ranas huérfanas
y entre seis albaricoques
del hueso dulce, una tenca.
Por el tamaño que tiene,
del tal sombrero reniega
quien ocupa en el teatro
butaca tras de Teresa,
pues bien puede asegurarse
que tapa una fila entera
y aun varios palcos con todo
lo que lleva en la cabeza.
Lazos del tamaño de aspás
de molino, rosas frescas
como quesos, y ramaje
para formar una selva;
colorines que lo animan,
agujas que lo atraviesan,
lagartijas que lo cruzan
y hasta nidos que lo enredan...
Esto y más pone la joven
en su enorme tapadera,
que hasta puñados de musgo
con silvestre orgullo muestra.
Entre el musgo y la armadura
lleva una capa de tierra
con su guano y todo, para
que haya propiedad completa.
Y á fin de que nada falte,
un hormiguero presenta
sobre el moño, con horinigas
que hacen viajes de ida y vuelta,
bajando desde aquel punto
y á lo largo de las vértebras
hasta... sabe Dios qué sitio
donde se ocultan y encierran,
y así vive la muchacha
tan ufana y tan contenta,
llevando, como los toros,
lo terrible en la cabeza
(tan desprovista por dentro
como ocupada por fuera),
y así va por esos mundos,
siendo con tales lindezas
envidia de cortesanas
y asombro de forasteras.
Pero ¡ay, lector! debo hacerte
por tu bien una advertencia:
que ni á tiros acompañes
por las calles á Teresa;
porque entre los granujillas
los hay que, al tirar las piedras,
apuntan con mal acierto,
y fácilmente pudiera
tocarte á ti la pedrada,
en vez de tocarle á ella.

Juan Pérez Zúñiga.



LA FORMA POÉTICA

Los ojos grandes,
los pies pequeños,
los labios rojos
y el talle esbelto
son el impulso
de los ingenios
en cuanto rompen

EL PROGRAMA DE LOS FESTEJOS

(ALEGORÍA)



á hablar en verso.
La fantasía
remonta el vuelo
buscando asuntos
grandes y nuevos
y siempre, al cabo,
tropieza en eso:
los pies chiquitos,
los ojos negros,
la trenza undosa,
los labios frescos...
Cuando nos vamos
sintiendo viejos
hacemos burla
de tales sueños,
y hay escritores
graves y serios
que hasta sostienen
que sin remedio
caerán las coplas
para *in eternum*,
porque no tienen
más fundamento
que esos delirios
cursis y memos.
¡Yo creo que otra
les queda dentro!
Porque aunque fuera
crimen horrendo
el de echar flores
haciendo versos,
sería un crimen
humano, eterno...
¿No es gran delito
matar por celos?
Pues, sin embargo,
tened por cierto
que habrá quien mate
rabioso y ciego
del mismo modo,
y en todo tiempo,
y en todas partes
del universo.
¿La poesía
no es nada? Bueno.
¿Quereis quitarla
pronto de enmedio
porque os estorba
para el progreso?
Suprimid antes
los ojos negros,
la trenza undosa,
los pies pequeños,
los labios rojos
y el talle esbelto...
.....
Y aún habrá alguno
que escriba cientos
de líneas cortas
hablando de ellos,
¡ay! para echarlos
mucho de menos.
¿Que quién? Cualquiera;
yo, por ejemplo.

Sinesio Delgado.



LA SOMBRA BLANCA

Viene todas las noches á mi alcoba,
lo menos una vez,
conteniendo el aliento, de puntillas
y descalzos los pies.
Se acerca poco á poco hasta la cama
donde finjo dormir
y me tapa despacio los dos brazos,
que adrede descubrí.
Arregla las arrugas de la colcha
con un cuidado tal
que sus manos parecen las dos alas
de mi ángel tutelar.
Me mira complacida, se sonríe,
murmura una oración
y me da callandito toda su alma
cu un beso de amor.
¡Cuántas veces, sintiéndolo en la frente
he preguntado así:
Los huérfanos, sin madre que los bese,
¿cómo podrán dormir!...

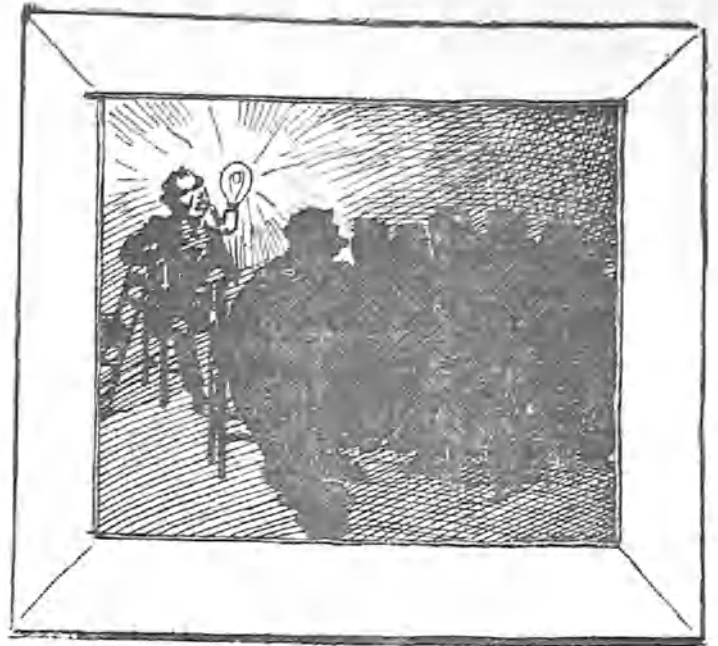
Alfonso Benito Alfaro

Exposición de Bellas Artes.



1.—La mejor súplica.

—Mire usted qué niño tan hermoso!
—Déjame ahora. Estoy preocupado porque se me ha caído un moneda de dos reales...



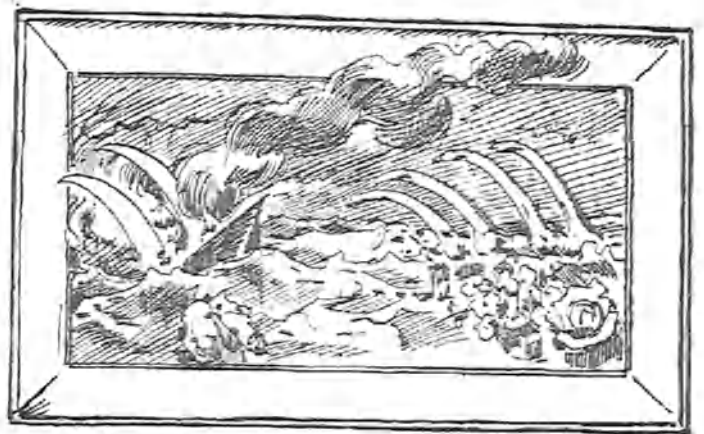
483.—La conjura.

—Vean ustedes, señores, una lámpara de doce bujías.



309.—Salvamento de un náufrago.

El perro aparis.—¿Con qué objeto me enseñarán é mi tantas varas de hule?



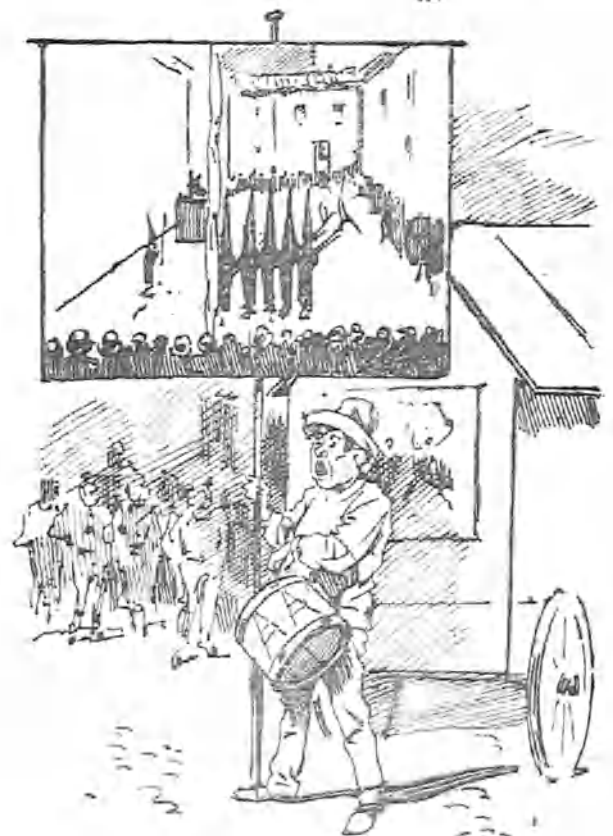
1.040.—Lepanto.

Terrible choque entre dos docenas de bouquets de flores turcas y cristianas.



713.—Desahucio.

—Bien, bien los vecinos. Parece mentira que, teniendo la casa también puesta, no se me haya ocurrido empeñar algún mueble de éstos!



199.—Garrote vil.

—¿Quién quiere otra?



459.—La carta del novio.

—Sí, señor, la tenemos castigada, porque está tan morada... ¡tan morada!



692.—El eco.

—Eh... ¡que me suban la ropa!

★

Cartas

de una madrileña a una provinciana
sobre cosas de la corte.

Querida Pepita: Más de dos meses hace que te escribí la primera de estas cartas, y te aseguro que desde entonces estoy dejando de hoy para mañana comenzar la segunda. No creas que ha sido de la pereza la culpa: es que hubiera deseado entretenerte con algo alegre y agradable. Desgraciadamente, nada

ocurre, nada se cuenta que no cause pena ó fastidio. Naufragios en que el mar se sorbe centenares de vidas, batallas en Filipinas, rebelión en Cuba y en Madrid elecciones; es decir, algo más desastroso que la misma guerra, porque andando á tiros sólo se arriesgan los hombres á morir, mientras que andando á pucherazos se ponen en ridículo. ¡Mentira parece que, cuando nosotras les colocamos en esa situación tan amenudo y con tanta gracia, todavía busquen ellos modos de aparecer grotescos!

En cuanto á las guerras, ¡qué he de decirte que tu corazón de mujer no sienta! Para el sexo de que formamos parte la guerra no es más que la ocasión de quedarnos sin padres, hijos, hermanos y maridos. Casadas habrá para quienes esto último no sea muy pavoroso, porque abundan las *señoritas*; pero con una sola que esté enamorada de su esposo y tenga que resignarse á perderle, hay bastante para maldecir de las guerras.

Las que ahora lamentamos son, para colmo de desdicha, en tierras tan lejanas y de nosotras ignoradas, que ni podemos seguir á los que amamos, ni siquiera figurarnos con la imaginación las enmarañadas selvas de la Manigua ó las orillas de la laguna de Lapao. Sabemos que caen heridos por las balas, extenuados por las fiebres, y... nada más: casi nunca nos dicen cómo ocurren esas bajas que en la estadística de la campaña representan un individuo, una unidad, y para nosotras significan la pérdida de todo. Lo único cierto es que de aquí marchan sanos y vigorosos, y ó se quedan para siempre allá, ó vuelven hechos pedazos, débiles para el trabajo ó inútiles para el amor.

No me acuses de demasiado hembra ni de falta de patriotismo. En cuanto á lo primero, ten por seguro que no es mujer la que no vea con pena mermar el número de hombres, porque cuantos más perezcan, menos súbditos tendremos; y en cuanto á lo segundo, te confieso que la idea Patria está para mí íntimamente ligada á la tierra. La Patria es el suelo en que nacimos, de mares y fronteras hacia dentro; no es la aplicación del valor á la conquista de tribus salvajes ó á la posesión de regiones donde la calentura tiene más poder que el heroísmo. Además, en el fondo, en la índole de estas guerras coloniales late siempre algo que, á la larga, sólo al comercio es favorable. Ya verás cómo, andando el tiempo, todo se reduce á unas cuantas viciedades para nosotras, quedando exorbitantes ganancias en manos de abastecedores, contratistas y navieros.

Cuando la región que hoy forma los Estados Unidos de la América del Norte se sublevó contra la metrópoli, ésta no llegó á sacrificar 20.000 hombres para sofocar la rebelión; la pasada guerra separatista de Cuba costó á España más de 200.000 soldados.

Aquí llegaba de mi carta, cuando leo que Peral ha muerto. Unos cuantos sueltos en los periódicos han servido de epitafio al que intentó dar á su patria el señorío del mar.

¿Le faltó protección? ¿Fue víctima de esperanzas mal fundadas? ¿Por qué la muchedumbre torpedista, que le aclamó con tanto entusiasmo, no le ayudó con más constancia? Si ha conservado conocimiento y razón hasta los últimos instantes de su vida, ¿qué amargos habrán sido sus pensamientos! Soñó con hacer invencible á España, y ha ido á morir lejos de ella; pero hizo más que soñar: comenzó á realizar el sueño.

Se ha dicho que aquí nos exaltamos demasiado en su favor; indudablemente, fueron poco serias ciertas de celebraciones; pero ¿no te acuerdas tú de haber leído aquellos telegramas que daban cuenta de cómo habían aclamado á Peral los tripulantes de los buques extranjeros que había entonces en las aguas de Cádiz! Lo menos á que Peral tenía derecho era á que la Nación le colocara en situación y condiciones de seguir trabajando. Las tentativas de navegación aérea realizadas hace poco en Francia no dieron los resultados que se esperaban, pero la República sigue destinando grandes cantidades de dinero á los sabios que estudian el problema.

En el orden de los hechos, nadie pueda conseguir que no haya sido lo que fué. Si Peral hizo algo, si en sus investigaciones y experimentos tuvo un punto de acierto, día llegará en que se ponga en claro y se le haga justicia.

¿Habrá dejado escrita la historia y circunstancias de sus trabajos? Creo que sí. Únicamente siendo cierta esta esperanza, podrán saber las gentes de lo porvenir si el marino español fué víctima de engañosos espejismos científicos, ó si cayó herido por esa ignorancia humana que tanto se parece á la perdicia.

Buscando lenitivo á las amarguras de la realidad, fui á la Exposición de Bellas Artes, mas tampoco allí recibí mi espíritu sino impresiones desagradables; y no porque los artistas carezcan de facultades, que algunos las tienen envidiables, sino por la dirección que les imprimen.

¿Te acuerdas de las Exposiciones de los últimos años? No se veía en ellas más que asuntos históricos: páginas de historiadores y cronistas convertidas en cuadros; aquello era la restauración de lo pasado: batallas, entradas triunfales, proclamaciones, juras, muertes y exequias, cuyos personajes eran emperadores, reyes, caudillos, prelados y magnates; todos vestían soberbias armaduras, ricos paños de tisú, terciopelo y brocado; el pensamiento quedaba subyugado ante tamañas grandezas y la vista fatigada de admirar tantas galas.

Ahora la decoración ha cambiado. Los pintores, dejándose

de historias, se inclinan á tomar inspiración y modelos en lo que les rodea, con lo cual tienen mucho adelantado para el acierto.

Lo que no puedo explicarme es la predilección que muestran hacia lo triste y desconsolador. ¿Crees que representan al niño entretenido en sus juegos, á la mujer gozosa con sus amores, al hombre en la plenitud de su fuerza? Pues nada de eso. Los niños están enfermos ó muertos, las mujeres implorando perdón de algo malo que han hecho, los hombres en situaciones angustiosas: las desdichas que no dependen de la condición humana, contribuyen á sobrecojer el ánimo; abundan los naufragios ó incendios en mar y tierra; en fin, á cualquier lado que se dirija la vista, tropieza con desolaciones y estragos. Faltan, en cambio, escenas plácidas, horas alegres, episodios que respiren vida, salud y amor. El fenómeno merece ser estudiado. ¿Por qué tal negrura de asuntos? ¿No hay en la realidad sino pesadumbre y dolor? ¿Es sincero el estado de ánimo que refleja esa pintura? Por fortuna pienso que no.

Lo que sucede es que los artistas, al dejar las grandezas más ó menos positivas de la historia por los sucesos de la vida vulgar, han incurrido en el error de suponer que impresionarían más fácilmente al público con lo terrorífico y patético que con lo liso y llanamente sentimental y poético. No está mal que pinten la desgracia y la muerte: bueno es que siempre las tenga el hombre cerca y se acostumbre á verlas para que las arroste con valor cuando haga falta; lo desafortunado es que se incline en el arte esa tendencia á observar la vida al través de gafas ahumadas, viéndolo todo negro.

Lo que te agradaría en esta Exposición es que los pintores, para indemnizarnos del espectáculo de tantas escenas tristes, han presentado algunos bonitos retratos de mujer.

Pocas cosas hay en arte tan gratas de contemplar como un buen retrato de mujer. Si es de niña inspira ternura; si de joven y hermosa, admiración; si de fea, lástima; si de vieja, respeto: la imagen de la mujer despierta siempre algún sentimiento bueno. Además, en nada se puede lucir tanto un pintor como en las formas, telas, colores y adornos de los trajes que usamos.

Cuando los hombres estén verdaderamente civilizados, uno de los primeros regalos con que obsequien á la mujer querida será un retrato, de ella por supuesto, hecho por mano de un buen artista: esto con relación á la vida privada.

Respecto de la vida pública, los estados, villas y ciudades formarán galerías de mujeres hermosas. Dime, francamente, si no serán mucho más gratas para los ojos y honrosas para la patria unas cuantas colecciones de mujeres bonitas y elegantes, que esas otras ridículas de varones más ó menos ilustres, é indudablemente feos, con que adornan sus salones los ministerios, las academias y otros lugares donde los hombres van á perder el tiempo que pudieran gozar á nuestro lado. ¿Conoces tú nada tan ridículo como un hombre, por público é importante que sea, retratado de uniforme, con bandas, cruces, cintas y bordados? ¡Ah, si supieran ellos lo que nos dan que reír!... Hace pocas noches, con ocasión de una velada, fuimos varias señoras al Ateneo, donde sabes que hay muchos retratos de notabilidades masculinas.

Por un ancho pasillo, una de cuyas paredes está cubierta de ellos, delante de mí andaban dos mamás, acompañadas por dos socios de la casa; precediéndoles iba una jovencita lindísima, á quien acompañaba un muchacho que, á juzgar por lo que á ella se arrimaba, como queriendo respirarla, parecía su novio. Este, señalando á los retratos, decía:

—Ese es Castaños, ése es Zorrilla, ése es Espronceda, ése es Castelar, ése es D. Juan Nicasio Gallego...

Hasta que la niña, mirándole deliciosamente, preguntó:

—¿Y tú no estás?

—No.

—¿Qué picardía!

Yo, que les escuché, me convencí de que no hay para nosotros celebridad como tener veinte años.

Adiós. Te quiero mucho tu amiga,

ANA GRAMA.

Por encargo de la misma,

Jacinto Octavio Picón.

En la Exposición.

—Le buscaba á usted, Aniceto.
—A los pies de usted, señora...
—¡Gracias á Dios! Va era hora...
—Yo cumplo lo que prometo.
—¿Y ha visto usted la marina del niño? —Pues no he de verla...
¡Ah, señor! es una perla, maravillosa, divina.
—Es favor. —Yo poco entiendo; pero me fui entusiasmando...
Si aquella mar está lullando, es decir, está rugiendo.
Y hay una ola, ¡qué ola!

—Hay varias. —Sí, pero hay una pintada con tal fortuna que parece que está sola.
Es una que crece a ruda desde el momento en que nace, y que luego se deshace como leche amerengada.
Pues si es una maravilla.
—¿Y la luz? —Deslumbradora; como que hubo una señora que quiso abrir la sombrilla.
—¿Y el cielo? —Muy bien sentida; es una nota brillante.

—¿Cómo se advierte al instante que hace muy poco ha llovido?
—Sin que se pueda dudar.
—Y eso es ya de artista dacho.
—Pero que ha llovido, y mucho, se conoce hasta en el mar.
Aquella agua está mojada por otra que no es salobre; ¡se ve el agua dulce sobre el agua del mar salada!
—¿Y el naufragio? —¡Qué terrible! ¡Cuánto estrago y cuánto muerto!
—Se sufre viéndolo. —Cierto; yo he sufrido lo indecible.
—Está el vapor en el fondo.
—Y sale la chimenea.
—No, un bote. —Puede que sea un bote, pero redondo.
También hay un cura abogado, pues que flota un solideo.
—Si es un cabo de baldeo.

—Pues está muy bien pintado. ¿Y aquellas roscas cocidas que están puestas en remojo?
—¿Roscas? Tiene usted un ojo... Hombre, si son salvavidas.
—Verdad, sí... Pues ¡y la costa! Eso sí que es cosa buena... Confundida con la arena se distingue una langosta.
—No, hombre, no, si es un bañista.
—¡Buen color! —Está desauado.
—No lo dudo, no lo dudo, ¡como soy corto de vista!... Pero el cuadro es un portento, eso sí, maravilloso.
—Pues no falta un envidioso que aiega al chico el talento. Pero él, digan lo que digan, alcanzará gloria inmensa... Aquí tendrá recompensa...
—¡Con tal que no le persigan!

Eusebio Sierra.

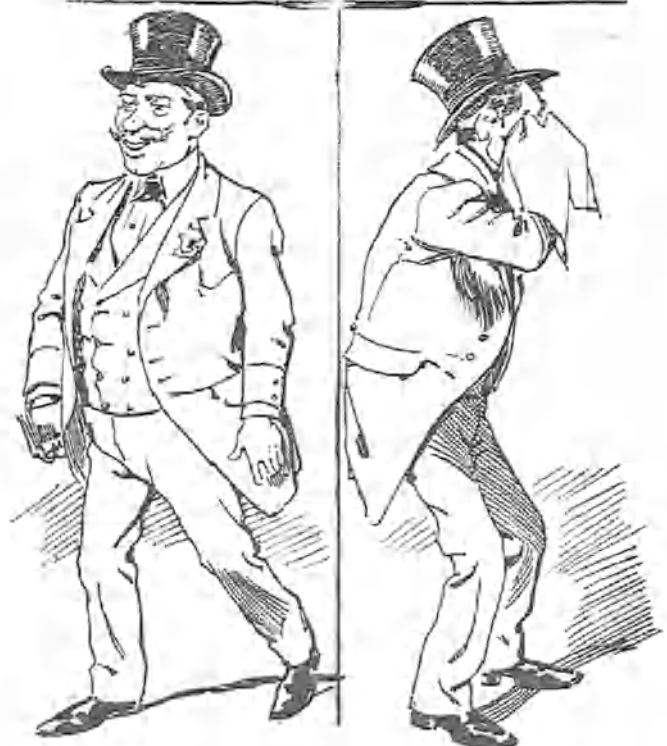
La Exposición.



—Yo no podía faltar este año.



—Ni yo tampoco.



Total, entra usted en el palacio tan contento y sale usted con el corazón metido en un puño á consecuencia de haber pasado cuatro horas viendo ferretos que entran, ferretos que salen, niños con la difteria, asesinatos, naufragios, desdichas, ruinas, desolación y fieros males... ¡A los pintores les ha dado por mojar el pincel en lágrimas!

MONÓLOGO DE UN MUERTO

Rabiando y pateando
entregó, ó la fuerza, el alma,
en un ataque de bilis,
don Severo Casarrabias,
y cuentan que, amortajado
y metido ya en la caja,
expresábase con estas
ó parecidas palabras:
«¡Qué imbécil es mi mujer!
Después que viste de máscara
mi cadáver, se echa encima,
chillando como una rata,
sin notar que me molesta
que escandalice la casa...»

Bien podía este cochero
conducirme con más calma
y bien pudo el municipio,
antes de que yo pasara,

haber afirmado el piso
con un poquito de grava;
porque es bastante molesto
y tiene muy poca gracia
que vayamos los cadáveres
dando tumbos en la caja.
¡Buena está el ayuntamiento!
¡Buena está la funeraria!

.....
.....
.....
Pero ¿qué diablos es esto?
Acá ruido de pisadas,
allá golpes de piqueta
y aquí rezos y allí lágrimas...
¿Es aquí donde se duerme
eternamente? ¡Por mi alma
que esto es una Babilonia!
¡¡Aquí cualquiera descansala!

F. López Van-Baumberghen.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. F. A. C.—No puedo aprovechar ninguno de los cuatro. Puede que haya recibido la composición á que alude, pero no la recuerdo.

Rui Barbo.—A usted se le podía echar otra maldición árabe, parodia de la célebre de Luceño:

¡Forastero seas
y en los festejos de Madrid te veas!

Un embromado.—El caso es que... no son tan malos que deban publicar-se en esta sección. Y fuera de ella... ¡imposible! De modo que el conflicto es de órdago.

Gil Vera.—Candoroso el chiste y no muy *suelta* la forma que digamos. M. B. de V. C.—Siento no poder contestar extensamente. Puede usted remitir lo que guste con libertad completa.

Anda, leñe.—Poquita cosa y con poquita gracia, que es lo peor.
Un insurrecto.—No se puede hacer una cosa más inocente, incluso jugar á la comba. El verbo *abrir* se escribe sin hache, porque le sienta como á un Cristo un morrión de miliciano.

Panteo.—Eso que dice usted, señor Panteo, será muy natural, ¡pero es muy feo!
Sin eso.—Le felicito á usted por el humorismo del pseudónimo. ¡Ojalá pudiera hacer lo mismo por los versos! Pero, hombre, ¿cuándo van ustedes á desechar esa idea errónea de que aquí no se admiten más trabajos que los *de casa*? ¡Va raya en manía!

Sr. D. R. M. G.—Es vulgar. Lo cual no quiere decir que no sea fuerte-cito *ainda mais*.

La reina Hatazu.—Eso, ya lo he entendido mejor, y por cierto que todo ello no me parece mal... para un periódico de modas. No porque trate de modas, sino por el género, ¡entiende V. M.?

Rigodón.—¡Compadre! ¡qué cosas dice usted para que las pongan en le-tras de molde!

Sirio.—No, señor; no están bien. Puede decirse que no son versos si- quiera, porque *ty* la medida? ¿Qué *señ* hebreo de la medida?

Bernardo.—Desgraciadamente *invidiaba* y *amaba* no son consonantes mientras dure la guerra de Cuba. ¡Y hay para rato! En cambio, *amaba* y *amaba* serán demasiado consonantes... aunque se concluya la guerra.

Un pobre diablo.—Versifica usted bien. Si puede arreglar lo de *cría* y *recrea*, que hace mal efecto, mándeme el soneto firmado.

Sr. D. M. T.—El asunto... no vale la pena, y la forma... tampoco vale la pena.

Sr. D. T. B. L.—Guadalajara.—Diez y seis duros el primero y catones la segunda.

BIBLIOTECA DEL «MADRID CÓMICO»

FÁBULAS Y CUENTOS

POR JOSÉ ESTREMEBA

Precio, 2 pesetas.

MIGAJAS

POR J. LÓPEZ SILVA

Precio, 2 pesetas.

PÓLVORA SOLA

POR SINESIO DELGADO, DIBUJOS DE CILLA

Precio, 3 pesetas.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE CINCUENTA CARTULINAS ENCUADERNADO EN TELA

Precio, 25 pesetas.

TITIRIMUNDI

POR LUIS TABOADA, DIBUJOS DE CILLA

Precio, 3,50 pesetas.

GUASA VIVA

POR J. PÉREZ ZÚÑIGA, DIBUJOS DE CILLA, MECACHIS Y GROS

Precio, 3 pesetas.

ALMENDRAS AMARGAS

POR SINESIO DELGADO, DIBUJOS DE CILLA

Precio, 3 pesetas.

LOS BARRIOS BAJOS

POR J. LÓPEZ SILVA

SEGUNDA EDICIÓN

Precio, 3,50 pesetas.

COSQUILLAS

POR JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Precio, 3 pesetas.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOGA TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPOSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS

JIMÉNEZ Y LAMOTHE

MÁLAGA-MÁLAGANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro matas, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecho.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Rivadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID, 1905.—IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 18 duplicado.—Teléfono núm. 324.